

LA PRINCESA DE LOS LOBOS

CATHRYN CONSTABLE

Traducción del inglés de
Ángeles Leiva

laGalerajuven

Primera edición: octubre de 2013

Primera edición en esta colección: octubre de 2015

Diseño de la portada: Steve Wells

Fotografía de la portada: Marat Ildarovich Safin

Adaptación de la portada y maquetación: Endoradisseny

Edición: David Monserrat

Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

Título original inglés: *The Wolf Princess*

La edición inglesa fue publicada en 2012 en la editorial Chicken House, 2 Palmer Street, Frome, BA11 1DS

© 2012 Cathryn Constable, del texto

Los personajes y las localizaciones de esta novela son © de la autora y no pueden ser usados sin su permiso. Todos los derechos reservados.

© 2013 Ángeles Leiva, de la traducción

© 2013 La Galera SAU Editorial, de la edición en lengua castellana

La Galera, SAU Editorial

Josep Pla, 95. 08019 - Barcelona

www.editorial-lagalera.com

lagalera@grec.com

Impreso en Limpergraf

Mogoda, 29-31. Pol. Ind. Can Salvatella

08210 Barberà del Vallès

Depósito Legal: B-24.167-2015

Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-5755-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

Capítulo 1

EL BOSQUE

*D*ame la mano, Sophie. ¡Tenemos que irnos!
Era la voz de su padre. Ella no podía verlo, pero de algún modo sabía que estaba despeinado y que llevaba puesto su abrigo raído, el del dobladillo que le colgaba como un ala hecha jirones. Él la cogió de la mano y, agarrándola con fuerza, echaron a correr juntos a través de los árboles helados teñidos de plata. Ella sabía adónde iban. Siempre era el mismo lugar, uno que evocaban las historias, sueños y recuerdos de su padre. Al llegar a la linde del bosque, se detuvieron. Frente a ellos se veía salir el aliento de sus bocas y la nieve caía como una pesada cortina de encaje, con unos copos del tamaño de polillas que revoloteaban ante sus ojos.

—Espera, Sophie —dijo él—. Ya viene. ¿La ves?

Y sus palabras invocaron a una joven envuelta en una larga capa, cuyo rostro quedaba oculto bajo una capucha. Sophie alcanzó a ver un mechón rizado de color rubio oscuro. Se hallaba cubierto de copos de nieve que se transformaron en diamantes bajo su mirada.

—¿Quién es?

Sophie no llegó a oír la respuesta de su padre, pero él le apretó la mano un poco más fuerte y le cantó... aquella preciosa canción cuya letra ella había olvidado. Sophie quería preguntarle sobre aquella mujer, pero la canción se convirtió entonces en una historia, una que su padre no dejaría de contarle.

Era invierno. Nevaba. Una muchacha estaba perdida en el bosque. Y —Sophie notó que el miedo le oprimía el pecho— un lobo...

Sintió que la mano de su padre se escurría de la suya.

—¡No me dejes!

Pero él ya no estaba allí. Y la tristeza y el miedo se mezclaron con los copos de nieve y lo cubrieron todo.

—¡Sophie!

¡No! Aquella voz provenía de otra parte. Sophie no quería contestar.

Hundió la cara en la almohada, intentando adentrarse de nuevo en el bosque, intentando aferrarse a aquel extraño sueño, donde percibía el sabor del aire frío y limpio como una mezcla de caramelos de menta y diamantes... Sentía la presencia del bosque por todas partes... Oía el crujido de la nieve bajo sus pies...

—¿Estás despierta?

Sophie suspiró y pasó la mano por la colcha, como para quitar la nieve de encima.

—Ahora sí, Delphine.

Intentó no parecer malhumorada, pero el día había comenzado en el Colegio de Señoritas de New Bloomsbury y ya no se detendría. Era demasiado tarde para soñar.

Se volvió para quedar tumbada de espaldas, con la mirada clavada en el techo. ¿Por qué tenía que ser tan aburrida la vida real? ¿Por qué el internado parecía tan... beis? Recorrió con la mirada los tres armarios estrechos, las tres endeble mesitas de noche y los tres escritorios y sillas rayados, y deseó... otra cosa. Algo hermoso, por pequeño que fuera. Ramas enormes de cerezo en flor en un jarrón de ágata... visillos de encaje en la ventana... luz de velas... En aquel humilde cuartucho londinense no habría nunca el menor ápice de belleza ni de emoción. No habría notas secretas ni espionaje. No habría aventuras.

Solo una escuela.

Delphine se incorporó en la cama y se desperezó. Mechones de pelo rubio le caían por la cara y los hombros. Parecía una princesa Plantagenet que acabara de despertar en el sepulcro de una iglesia tras un plácido letargo de mil años.

—¿Qué tiempo hace?

A Delphine solo le importaba el tiempo, cómo no, para decidir qué hacía con su pelo. Y la cama de Sophie estaba al lado de la ventana. Delphine hacía la misma pregunta todas las mañanas.

Sophie se incorporó. Por un instante posó la mirada en la fotografía de su padre que tenía en el alféizar de la ventana. La imagen había captado la expresión distraída y socarrona que a ella le parecía recordar, como si él acabara de ver u oír algo que le hubiera llamado la atención. Sophie retiró la cortina.

La ventana daba a una callejuela de casas altas, y tuvo que estirar el cuello para ver el cielo. Aun cuando el sol brillaba con todo su fulgor, aquella calle era fría, húme-

da y deprimente. Aquel día corrían gotas de lluvia por los sucios cristales, así que no hacía falta mirar el cielo para comprobar que tenía el color habitual y propio de Londres, un gris acuoso.

—Es increíble la cantidad de agua que hay en el cielo de Londres —dijo Sophie.

—Lleva así cuatro días —contestó Delphine—. ¿Crees que la lluvia se aburrirá alguna vez? ¿Crees que un día podría darle por hacer algo que no fuera caer sobre la vieja y triste Londres?

—¿Acaso no llueve en París? —repuso Sophie.

—¡Pues claro que sí! Pero en París hasta la lluvia es bonita.

—Ojalá nevara —susurró Sophie.

Se preguntó si tendría de nuevo aquel sueño del bosque invernal. ¿Podría hacer que volviera?

—¿Que nieve? Pero ¿estás loca? —A Delphine le entró un escalofrío—. La nieve te destroza los zapatos.

—¡Y eso qué más da! —replicó Sophie—. Al despertar lo veríamos todo diferente... Incluso puede que fuera diferente de verdad, como un cuento de hadas. ¿No sería increíble que, por una sola vez siquiera, hiciera el frío suficiente como para que nevara?

—Un tiempo así solo es ideal en la *piste* —dijo Delphine con firmeza—. Con unos esquís en los pies. —Se despertó de nuevo y bostezó con gracia, como una gata—. ¿Despertamos a Marianne? —Sacó sus largas piernas por uno de los lados de la cama y movió los dedos de los pies. Llevaba las uñas pintadas de un verde metálico—. Si no, se quedará otra vez sin desayunar.

—¿A qué viene esa fascinación por el desayuno?

Una chica con el pelo fino y oscuro apareció de debajo de un edredón, amodorrada y con la cara hinchada de dormir.

—¡Hombre! Pero ¡si habla!

La muchacha parpadeó como un topo y, tras buscar a tientas sobre su mesita de noche un par de gafas de montura metálica un tanto dobladas, se las puso con gesto airado.

—¿Qué haces caminando de puntillas, Delphine? —preguntó.

—Es para mejorar la circulación —respondió la aludida. Luego se detuvo y, con un movimiento brusco, metió la cabeza entre las rodillas para cepillarse el pelo—. Y esto es para que no me salgan arrugas.

—Menuda bobada —dijo Marianne con desdén—. No hay una sola prueba científica que demuestre que eso es así.

—Y arrugas no tienes ni una —señaló Sophie—. Tienes trece años.

—Costumbres francesas —dijo Delphine, encogiéndose de hombros, como si bastara con aquella respuesta.

Volvió a echar la cabeza hacia atrás de una sacudida, luego se recogió el pelo en un moño a un lado de la cabeza y se lo sujetó con una horquilla. Ser medio francesa parecía exigir mucho trabajo, pensó Sophie. Y mucho tiempo.

—¡Ah, pero hoy hay una razón para levantarse! —Marianne se quitó el edredón de encima de una patada con un inesperado arranque de energía—. Es jueves. ¡Hoy nos dan los resultados de la prueba de geografía!

Sophie dejó escapar un quejido. Le suponía siempre un

esfuerzo tan grande no sentirse aprisionada entre el elevado nivel académico de Marianne y el nivel de acicalamiento igualmente elevado de Delphine. Sophie ya ni se molestaba en enfrentarse a dicha presión: se había acostumbrado ya a aquella sensación de aprisionamiento.

Miró su reloj y dijo:

—Será mejor que nos vistamos.

—Dame veinte minutos —respondió Delphine, poniéndose una bata de color rosa palo para encaminarse después hacia el baño.

—¿¡Veinte minutos!?! —exclamó Marianne, haciendo una mueca.

—Yo no podría tardar tanto ni aunque lo hiciera todos dos veces —dijo Sophie.

—Por eso yo tengo el aspecto que tengo... y tú tienes pinta de...

Pero fuera como fuera el aspecto de Sophie, Delphine no logró dar con la palabra que lo definía. De repente, se quedó callada y la miró, como si se le acabara de ocurrir algo.

—¿Qué pasa? —quiso saber Sophie.

—La verdad es que eres bastante guapa —dijo Delphine—. Tienes unas cejas bonitas y un cutis perfecto, pero nadie se fija en ti porque siempre se te olvida cepillarte el pelo. Por no hablar de ese jersey con cuello de pico que llevas, todo lleno de agujeros.

—Es el único que tengo. ¡Y deja de mirarme así!

—Deberías pensar en esas cosas —replicó Delphine, encogiéndose de hombros.

—Pero ¿por qué? —preguntó Sophie—. Si nadie se fija nunca en mí.

—No vale la pena gastar saliva con ella, Delphine —dijo Marianne, poniéndose su bata—. Es feliz tal y como es.

—Te aseguro que algún día querrás causar una buena impresión —le dijo Delphine a Sophie, haciéndole un gesto admonitorio con el dedo.

—Bah, si nunca voy a conocer a nadie importante —repuso Sophie—. Qué más da que lleve un jersey con o sin agujeros.

—¡Espera y verás! —dijo Delphine—. ¡Hoy mismo podría aparecer alguien importante!

—Eso es tan probable como que nieve en verano —rio Sophie.

Capítulo 2

La VISITA

Llegaban tardísimo al desayuno. Percibieron el olor de las tostadas húmedas mientras bajaban por las escaleras de servicio, acompañadas por el crujir de sus zapatos en el suelo de linóleo. Al llegar abajo, oyeron unos pasos más pesados por delante de ellas y vieron la silueta trajeada de pana del subdirector, que se volvió cuando intentaron pasar a su lado con disimulo.

—Buenos días, jovencitas —las saludó con alegría. Y, mirando su reloj, añadió—: Será mejor que os deis prisa. Yo que tú, Delphine, pensaría en ir buscando otro peinado que te lleve menos tiempo.

Sophie agachó la cabeza, clavó la mirada en el suelo e intentó hacerse invisible. Sabía que podía pasar por delante de la mayoría de los profesores sin que repararan en su presencia. Era una de sus habilidades más útiles.

Pero aquella mañana no funcionó.

El señor Tweedie carraspeó.

—¿Sophie? —dijo él justo cuando ella pensaba que ya se había librado—. ¿Tienes un momento?

—Es que llegaré tarde al desayuno, señor —contestó Sophie—. Usted mismo lo ha dicho.

—No te robaré mucho tiempo. Seguro que tus compañeras pueden guardarte algo.

Delphine y Marianne captaron la indirecta y salieron disparadas hacia el refectorio. Delphine le dijo «Lo siento» moviendo los labios en silencio mientras se alejaba.

Sophie trató de evitar la mirada de preocupación del señor Tweedie, que ante un problema solía arrugar toda su cara más que fruncir el entrecejo.

—Es por el jersey, Sophie —dijo el subdirector, suspirando.

La chica intentó colocarse bien la controvertida prenda de punto para que no se vieran tanto los agujeros.

—Y por el calzado —agregó el señor Tweedie—. Que yo sepa, como parte del uniforme no se incluyen las zapatillas de ballet, esas que van atadas con cintas, ¿no?

Sophie negó con la cabeza.

—Me pregunto si has escrito ya a tu tutora con relación a tu indumentaria. Quedamos en que así lo harías, ¿verdad?

Al oír la palabra «tutora», Sophie vio por un instante la imagen de Rosemary, una mujer de mediana edad con el pelo rubio ceniza y un corte a lo *garçon*, sentada en un taburete más tiesa que un palo en su pequeña cocina im-poluta. Rosemary y ella no tenían nada en común ni estaban emparentadas de ningún modo, pero la lluvia, un coche prestado, el cansancio de su padre viudo y una curva inesperada en una carretera rural a oscuras se habían combinado una noche en un cóctel nefasto que uniría a Rose-

mary y Sophie de por vida. Al ser la única amiga de la familia con la que las autoridades habían logrado contactar tras el accidente, Rosemary había acogido a Sophie como una medida temporal hasta localizar a un pariente de la pequeña que acababa de quedar huérfana. Sin embargo, el padre de Sophie no había llevado precisamente lo que Rosemary llamaba una «vida ordenada». La madre de Sophie había muerto cuando ella era un bebé y su padre la había llevado a vivir a muchos sitios distintos. Él siempre hablaba de viajes mágicos y del siguiente lugar al que irían. Amigos había pocos y, por lo visto, los familiares eran inexistentes.

—Rosemary está muy ocupada —dijo Sophie, metiendo un dedo en uno de los agujeros más pequeños que tenía en la manga del jersey y enganchándolo con la uña para intentar tapanlo. Alzó la mirada hacia el rostro amable y arrugado del señor Tweedie y sonrió con más confianza de la que sentía—. Ahora mismo ya tiene bastantes cosas entre manos y no me gustaría molestarla... —Sophie no quiso añadir «cuando está fuera». Mejor que el colegio no supiera la cantidad de tiempo que pasaba Rosemary en el extranjero. Solo causaría problemas.

—Pero es que no es solo el jersey o el calzado, Sophie, es toda tu ropa. —El señor Tweedie parecía tenso—. Todo lo que llevas se ve tan... —Se interrumpió—. No es que me importe, entiéndeme, pero es mejor que no desentones, te lo digo por tu bien. Mira en objetos perdidos. —El subdirector puso aquella cara como si quisiera decirle «Va en serio»—. Antes de que la señora Sharman te vea.

Ya en el refectorio, Sophie cogió un grueso plato blanco de la caja de plástico colocada junto al mostrador, eligió el plátano con menos magulladuras de los que quedaban y un vaso de zumo de naranja aguado y los puso en la bandeja. Luego se reunió con Delphine y Marianne en la larga mesa de caballetes. Eran las últimas, y el personal de cocina ya estaba empezando a recogerlo todo.

—¿Qué quería Tweedie? —Marianne había apoyado un libro de física en el salero. Sophie recordó entonces que aquel día tenían una prueba. Se había olvidado de ella por completo.

—Darme un toque de atención por el jersey.

—¡Qué pesado! —exclamó Delphine—. Tú dile que sí a todo. Es la manera de que se calle.

—Tiene que hacer su trabajo —dijo Marianne, con la mirada aún en el libro—. ¿Sabíais que el ángulo de incidencia es igual al ángulo de reflexión?

Delphine puso los ojos en blanco.

—¿Y sabíais que estamos a uno de marzo? —se apresuró a decir Sophie en un intento de distraer a Marianne—. Eso significa que esta mañana tendría que salir la lista.

—¿Qué lista? —Delphine cogió un poquito de mantequilla y se la puso en el borde del plato. De ahí tomó una cantidad aún más pequeña con el cuchillo y la extendió sobre una fracción minúscula de tostada. Luego dio un mordisco a la tostada con mantequilla antes de repetir la operación. Sophie calculó que, a la velocidad que iba, Delphine tardaría más de diez minutos en comerse una tostada entera. (Sin duda, Marianne sería capaz de calcular con exactitud los segundos que emplearía para ello.)

—Esa en la que pone adónde iremos la última semana del trimestre —respondió Sophie, pelando el plátano.

Delphine se encogió de hombros.

—Ya sabes que no nos tocará ir a ningún sitio interesante o emocionante. Esos destinos los reservan para las de bachillerato.

—Seguro que nos toca ir a cocinar a la tierra de Thomas Hardy —dijo Sophie con un suspiro.

—O visitar los campos de batalla franco-belgas —añadió Marianne, levantando la mirada del libro de texto—. Eso sí tenemos suerte, mucha suerte.

—Bueno, eso está bien si solo has estado en Cornualles —dijo Delphine.

—¡Pues a mí me encanta Cornualles! —protestó Marianne.

—No me negarás que no es muy chic que digamos —insistió Delphine—. No es como Île de Ré, donde puedes ir con unos pantalones cortos de vestir y unas zapatillas de tela monas.

—Yo quiero que me toque el viaje a San Petersburgo —dijo Sophie.

Hala, ya se le había escapado. Y eso que se había prometido a sí misma que no lo diría. Por su experiencia con Rosemary, sabía que la manera más segura de no conseguir algo era pidiéndolo. Se mordió el labio; ahora ya no tendría ninguna oportunidad. ¿Por qué no habría aguantado calladita solo un poco más?

—¡Sigue soñando! —exclamó Marianne, riendo mientras guardaba el libro de texto en su bolsa—. Ya sabes que eso es imposible.

En el fondo, Sophie sabía que Marianne estaba en lo cierto. Solo las estudiantes que cursaban la asignatura de ruso en los dos últimos años de instituto tenían alguna posibilidad de que les tocara aquel viaje.

—De todos modos, ¿por qué querría alguien en su sano juicio ir a San Petersburgo antes del verano? —preguntó Delphine con un escalofrío—. Con el frío que hará allí en marzo.

—Pero ¡en Rusia nieva! ¡Precisamente por eso quiero ir! —Sophie se rodeó el pecho con los brazos—. Además, ya estoy acostumbrada al frío. El piso de Rosemary es un congelador; ella cree que la calefacción central es inmoral.

—Es muy perjudicial para el planeta —dijo Marianne en un tono afectado—. Pero ¿cómo evitas el frío si no vas bien abrigada?

—Rosemary me dio un viejo chaquetón de visón para dormir.

—¿O sea que la calefacción central es inmoral, pero matar animales inocentes por su piel está bien? —replicó Marianne.

—Bueno, son pieles que ya tienen sus años. A estas alturas los animales ya estarían muertos igualmente. Y te da la sensación de llevar puesto algo de otro mundo...

—¡No se trata de eso!

—¿Acaso cuando estás en la cama por la noche no se te pasa nunca por la cabeza la idea de ser otra persona? —prosiguió Sophie.

Delphine arqueó una ceja perfecta.

—¿Otra persona que no sea yo?

—Cuando llevo puesto ese abrigo —dijo Sophie sin de-

tenerse—, no soy la Sophie Smith de siempre... siento que soy una hermosa condesa, y que huyo de una vida vacía de bailes y fiestas en busca de mi propio destino... con los cosacos... y viajo en un tren nocturno por toda Rusia envuelta en pieles... y bajo mi almohada... —Sophie sabía que la tomarían por loca, pero no podía dejar de hablar— hay una caja llena de ratoncitos de azúcar y gatos de chocolate envueltos en papel de plata cuyos ojos son lentejuelas rojas... y... una... p-pistola. —Llegó a acabar la frase porque no había sabido frenarse antes de decir «pistola». Por la expresión de Marianne, tanto habría dado que hubiera dicho «piraña».

—¿Una pistola? —preguntó Delphine con la cara arrugada por la falta de comprensión—. ¿Qué vas a...?

Sophie decidió enfrentarse a la incredulidad de sus amigas. Lo diría sin más.

—Necesito una pistola para disparar a los osos y los lobos.

—¿De verdad crees que la bala de una pistola detendría a un oso? —repuso Marianne con un resoplido—. Son animales muy feroces cuando están enfadados. Imagínate a Matron de mal humor... ¡pues peor aún!

Delphine volvió a untar un poco de mantequilla en la tostada, como si estuviera haciéndole la manicura.

—Yo necesito una piscina y un sol abrasador. —Pareció quedarse pensativa—. Claro que un yate siempre va bien.

—¡Demasiado aire libre para mi gusto! —rio Marianne. Tras cargarse al hombro la mochila, más llena de la cuenta, y apurar su vaso de agua, añadió—: A mí dadme una biblioteca y una chimenea.

—De todos modos podríamos ir a ver el tablón de anuncios, ¿no? ¿Tenemos tiempo? —preguntó Sophie.

Tal vez no fuera a San Petersburgo, pero quería saber dónde pasaría las vacaciones de Semana Santa. Rosemary se buscaría probablemente una excusa para no estar en casa, como de costumbre. Cuando Sophie era más pequeña, su tutora había hecho lo posible por contratar a una serie de *au pairs* y evitar por todos los medios que la presencia de su pupila alterara su ordenada vida, centrada en su carrera. El ingreso de Sophie en el internado, en cuanto cumplió los once, supuso un alivio para ambas, pero las vacaciones no aparecían en el radar de Rosemary.

—Sí, pero no podemos llegar tarde a física. Si queréis, de camino os puedo preguntar sobre el principio antrópico —se ofreció Marianne.

Delphine y Sophie se miraron con una mueca mientras salían del refectorio para coger el atajo prohibido que atravesaba la biblioteca. Ninguna de las dos tenía la menor idea de a qué se refería Marianne, lo cual no era muy buena señal para la prueba de física que les esperaba.

Marianne lanzó un suspiro ante la cara de perplejidad de sus amigas.

—El principio antrópico fue postulado en 1961 por el cosmólogo Robert Dicke para explicar la increíble coincidencia que se da en el universo.

—No es ninguna coincidencia que me aburras mortalmente con ese rollo —dijo Delphine entre dientes—. No me suena que entre nada de eso en la lección.

—Ya va a sacar otra vez más nota de lo normal —comentó Sophie con un suspiro—. Marianne debe de ser la

única chica del colegio que supera el sobresaliente en una prueba de física.

—Pero ¡si es interesantísimo! —espetó Marianne—. ¿Cómo puede explicarse sino nuestra presencia aquí?

—¿Porque estamos cogiendo un atajo que pasa por la biblioteca? —sugirió Sophie.

—No, me refiero a «aquí» con mayúsculas. Todo ha ido avanzando hacia este momento, ¿no lo veis? El nivel apropiado de fuerza nuclear débil permite que las estrellas brillen, lo que posibilita a su vez que la materia se fusione y forme planetas, oxígeno, agua... Bastaría con una leve variación para que nuestro mundo se desintegrara.

Sophie y Delphine siguieron caminando.

—¿No lo veis? —Marianne estaba embalada—. Estamos aquí, sea donde sea, porque solo podemos estar aquí. Nuestra existencia no podría darse en ninguna otra parte.

Sophie intentó imaginar que el universo entero había ido avanzando hacia aquel preciso instante en el que ella, Sophie Smith, se dirigía al tablón de anuncios, pero, como le ocurría con casi todas las grandes ideas de Marianne, acabó dándose por vencida.

—Fascinante —musitó Delphine y asintió con la cabeza como si lo entendiera todo, pero Sophie se dio cuenta de que escudriñaba ya el final del pasillo, donde había un corrillo de chicas alrededor del tablón de anuncios, riendo y hablando con entusiasmo.

Sophie se quedó atrás y cruzó los dedos. Ya sé que no me va a tocar San Petersburgo, dijo para sus adentros, pero, solo por esta vez, podrían haber cometido un error administrativo y puesto sin querer mi nombre en la lista equivo-

cada, ¿no? Prometo no cogerle a Marianne más galletas de nata con melaza ni utilizar la pasta de dientes de Delphine ni el champú de lavanda que le manda su madre desde París, y ahora mismo iré a buscar un jersey a objetos perdidos y seré buena el resto de mi vida...

Cuando estuvieron más cerca del corro de chicas, Delphine se abrió paso a empujones hasta el tablón de anuncios.

—¡Estaba cantado! —exclamó con cara de disgusto Millie Dresser, una muchacha anodina que estaba un curso por delante de ellas—. Me han tocado los campos de batalla —añadió, y se alejó con paso airado.

Sophie no se atrevía a mirar. Prefería desviar la vista hacia otra parte y esperar a que Delphine se lo dijera. Mientras no lo supiera, aún tendría una oportunidad... Las voces que oía a su alrededor subieron de tono, con gritos como «¡Qué suerte la tuya!» o «¡Eso para que aprendas a comportarte en geografía!». La tensión era insoportable.

—Bueno, ¿qué? —le preguntó a Delphine, dándole un toque con el codo en la espalda—. ¿Adónde vamos?

—A cocinar a la tierra de... —llegó a responder Delphine antes de que sonara el timbre que anunciaba el comienzo de las clases.

A Sophie se le cayó el alma a los pies. Otra vez aquella sensación de desilusión. ¿Cómo había sido tan tonta para pensar que pasaría algo bonito o incluso distinto en su vida?

—Mala suerte —dijo Marianne con cara de compasión.

Sophie dio media vuelta para marcharse... y se encontró frente a frente con el señor Tweedie, ya sin un ápice de comprensión en su rostro.

—Va en serio, Sophie —dijo él, con voz severa—. ¡Cambiate el jersey!

—¡Señor Tweedie!

Sophie y el subdirector dieron un respingo al tiempo que la silueta de la señora Sharman, la directora, se acercaba a zancadas, personificando la determinación femenina, la excelencia y el éxito académico. Su cabello con reflejos describía unos rizos voluminosos marcados a golpe de secador que la lluvia de la mañana no había conseguido estropear. La acompañaba una mujer alta y delgada que llevaba un pañuelo en la cabeza y unas gafas de sol increíblemente grandes.

La señora Sharman le lanzó al subdirector una leve sonrisa profesional a modo de misil.

—¿Podría prestarme a una de sus chicas? ¿A Delphine, quizá?

—¿Chicas? ¿Chicas? —contestó el señor Tweedie desconcertado, como si en un colegio lleno de féminas no hubiera oído nunca la palabra «chica».

La señora Sharman amplió su sonrisa y asintió gentilmente ante aquel ejemplo desafortunado del sexo más débil.

—¡Para que enseñe el colegio a la madre de una futura alumna, cómo no! —gritó, señalando con la mano suelta a la visita—. La señora... la señora...

La mujer permaneció callada y se limitó a mirarse las uñas; Sophie se dio cuenta, fascinada, de que las llevaba pintadas de azul marino. La señora Sharman frunció la boca molesta.

—Delphine se ha ido a la clase de física —dijo Sophie.

La cabeza de la directora se volvió para fijarse en la joven que había hablado sin que se lo pidieran.

Sophie tragó saliva.

—Si quiere, puedo ir a buscarla.

La señora Sharman ahogó un grito; se le pusieron los ojos como platos.

—¡Sophie! —exclamó, consiguiendo que su nombre sonara como una maldición—. ¡Tu jersey!

El señor Tweedie carraspeó.

—Ahora mismo estábamos hablando del jersey...

La señora Sharman tiró del brazo de Sophie hacia ella como si tuviera en la mano un espécimen científico.

—Pero ¡si tiene agujeros!

—Voy a cambiarme —farfulló Sophie.

—¡No lo dudes! —espetó la directora. Era evidente que no se refería solo al jersey. Soltó el brazo de Sophie y retomó su sonrisa profesional—. ¡Tráeme a Delphine! Ya hablaremos después, Sophie Smith.

—¿Sophie Smith? —La visitante se volvió de golpe y miró detenidamente a Sophie por encima de sus gafas de sol. La chica vio que tenía unos ojos enormes de un azul muy claro, y unas pestañas como plumas. Su voz era sonora y grave.

Sophie notó que se ruborizaba mientras la mujer la miraba de arriba abajo, quedándose con todos los detalles, entre ellos los agujeros del jersey. Oh, ¿por qué no habría ido a echar un vistazo en objetos perdidos antes del desayuno? Pero al dar media vuelta para marcharse, la visitante alargó la mano y la cogió por el codo. Sophie alzó la mirada y vio aquellos ojos de color azul claro clavados en ella.

La tenía agarrada de tal manera que no podía zafarse de ella a menos que quisiera dislocarse el brazo.

—A mí va bien esta jovencita...

—Oh, seguro que no. —La directora frunció el entrecejo—. No es la alumna que busca. —Al ver que la mujer no estaba dispuesta a soltar el codo de Sophie, como cabía esperar, la señora Sharman se explicó—: En el Colegio de Señoritas de New Bloomsbury reservamos unas pocas plazas a alumnas que pagan una matrícula reducida. —Pronunció aquellas dos últimas palabras con especial énfasis, como si así pudiera evitar de algún modo herir los sentimientos de Sophie—. Por circunstancias familiares... —La directora arqueó las cejas, dando a entender que bastaba con aquello para explicar la condición de huérfana de Sophie, su pelo despeinado y los agujeros del jersey que llevaba puesto—. ¡Nos tomamos muy en serio nuestra labor de beneficencia! No obstante, debo recalcar que la mayoría de las chicas que hay en este colegio proceden de familias impecables.

La mujer pareció tomar en consideración las palabras de la directora. Luego sonrió despacio, incluyendo en su gesto al señor Tweedie, quien se sonrojó, ante la mirada de asombro de Sophie. La visitante se inclinó hacia él como un pesado tulipán y, posando levemente la mano en su brazo, dijo:

—¿Vamos a ver su clase?

El señor Tweedie tartamudeó algo y la directora dijo entre dientes:

—Sería mejor que empezara por el pabellón de ciencias, pero Sophie no puede acompañarla: tiene clase.

—¡Sophie Smith es chica para mí! —rio la mujer—. ¡Haremos buen equipo! —Sin dejar de agarrar a la chica por el codo, la hizo avanzar hacia la puerta que daba al patio—. ¡Ha dejado llover! ¡Ahora veo patio donde hacéis recreo!

Sophie miró hacia atrás un instante. El señor Tweedie volvía a tener la cara arrugada, y la sonrisa de la señora Sharman había desaparecido de su rostro para convertirse en una «O» perfecta.

Entonces se vio cruzando la puerta de un empujón y notó la mano de la visitante apoyada con firmeza en su espalda.